

al autor —nos referimos a los puramente literarios— sino que a menudo se revela contraproducente. Los editores, sin embargo, parecen embarcados en una carrera frenética por atraerse a las jóvenes promesas, apoyados en la demanda insaciable de un público que reclama sin cesar autores vírgenes y óperas primas

SIMIOS, NIÑOS PLATÓNICOS Y POETILLAS

LUIS GÓMEZ CANSECO

La metafísica, la razón de Estado o el convencimiento de que en algún lugar de nuestro destino sentimental existe algo parecido a una media naranja no han sido las únicas sandeces que, como occidentales, hemos heredado de Platón o de sus devotos comentaristas. También la arraigada creencia que imagina al poeta como un loco, como un visionario señalado por la naturaleza y la divinidad tiene su origen en la fantasía platónica. De ahí, los inspirados y los niños sabios que en el mundo han sido. Por si fuera poco, los cristianos pintaron a un Jesús infantil apabullando a los doctores, y los románticos no se limitaron a convencer a sus lectores —más bien, a sus— de que ellos eran seres singulares, sino que tuvieron que hacerles creer que escribían bajo los efectos de la alucinación narcótica o alcohólica y en contacto con un mundo inaccesible para el resto de los ignoros mortales. Y todo para justificar la grata afición al opio o a la absenta. La consecuencia de todas estas mandangas ha sido trágica: ahora cualquier adolescente un poco imaginativo, enfervorizado por el exceso de hormonas o por la ingestión etílica, puede pensar lícitamente que sus alivios escritos son literatura, y no un simple trasunto de la masturbación.

Con el Romanticismo, los jóvenes escritores sintieron la necesidad de ser de nuevo platónicos, de abandonar la exigencia del aprendizaje, de la lectura, de ser, ante todo, originales. Para un hombre de veinte años, al menos así lo creía Giovanni Papini, todo viejo es un enemigo, toda idea es sospechosa y el pasado es una larga noche que sólo se ilumina con su llegada. Ése es el rasgo propio de la juventud: la negación del pasado. Desde las prietas filas de los primeros jóvenes fascistas del 14 hasta el *punk*, el *after-punk* o la posmodernidad la voluntad de prescindir del pasado, en una suerte de antiintelectualismo brutal o intelectual, ha sido una constante en nuestro siglo y una invención retórica excelente. Ahí están las vanguardias para demostrarlo. Pero las vanguardias terminaron muriendo de sí mismas, y pasaron a ser parte de la historia de la literatura. No pocos de nuestros jóvenes —y no tan jóvenes— escritores siguen siendo románticos y piensan que la literatura empezó con ellos y que, probablemente, terminará también con ellos. Esa conciencia de singularidad les empuja irresistiblemente a exhibirse en público como inspirados capaces de opinar en tertulias televisivas o radiofónicas sobre lo divino y lo inhumano, sobre la guerra en Kosovo, sobre el perro fingido y la



PEDRO CASTRO

Para escribir —para escribir bien al menos—, primero hay que leer. Pretender escribir de espaldas a los libros es sólo un simulacro de escritura

nocilla, sobre Internet o cocina regional. Pero los niños inspirados cansan.

El problema está en que pocas cosas excitan más el bolsillo de un editor o las ideas de un lector platónico que un joven genio displicente que improvise, así como así, un ingenioso sonetillo o una novelita, ya satírica, ya erótica, con la naturalidad de quien suelta al mundo un íntimo regüeldo. Pero en la literatura nada, o casi nada, es natural; las inspiraciones, las revelaciones cristianas, las intoxicaciones románticas o la poderosa originalidad de la juventud son sólo engaños o,

Lo que voy a decir parecerá al lector desprevenido un plagio de Pero Grullo; pero, si se fija con atención, verá que no lo es. Lo primero que tiene que hacer un escritor joven es aprender a leer, que no es saber juntar las letras y encontrar palabras con significado comprensible, sino ponerse en inteligencia con el autor de un libro, comprenderlo y sentirse perteneciente al mundo que le muestra, y además de eso saber apreciar la belleza del lenguaje, las maravillas de hermosura que se pueden conseguir con palabras. Este aprendizaje lleva su tiempo y no es fácil que se alcancen grados suficientes de sabiduría lectora muy joven, entre otras cosas porque hay que leer mucho y bien y no perder el tiempo con libros tontos o antiguallas vanguardistas. Por otro lado, el joven tiene que pasárselo bien leyendo, pues de no ser así es trabajo perdido, de manera que lo mejor es empezar por Stevenson, Salgari o Verne y ese será el mejor camino para llegar luego a las grandes obras de la literatura y el pensamiento.

Cuando se llega a este punto hay un peligro. El lector, admirado de las obras literarias del talento humano, se siente inclinado a escribir. Creo muy sinceramente que es mucho mejor y más agradable la vida de un buen lector que la de un buen escritor, pero nadie me ha hecho caso hasta ahora, en vista de lo cual lo que debe recomendarse es que quien se incline a la escritura lo haga, y lo haga con dedicación, respeto e inteligencia (el talento se manifiesta luego, si lo hay) porque a escribir se aprende escribiendo. No hay manuales como los de bricolaje para hacer de alguien un buen escritor. Mejor dicho, hay algunos pero son absolutamente inútiles. Yo he visto la cubierta de uno nada más, pero no lo he tocado siquiera porque todo lo malo se pega.

cuando más, contadas excepciones a una regla difícilmente alterable: la literatura sólo nace de la literatura.

Aseguraba Juan Ferraté de su amigo Gil de Biedma que no era un grafómano inspirado en el viejo sentido de Platón: "Jaime Gil de Biedma apenas escribe, y cuando lo hace, será, seguramente, para suplir la falta de lo que los demás no han escrito, para proporcionarse a sí mismo los poemas que quisiera leer en los libros de los demás". Acaso sea un caso extremo, pero para la literatura no existen hombres adánicos y gentes sin pasado.

El escritor joven

Francisco Bejarano

Como ya hemos dicho, para ser un buen escritor, al menos un escritor correcto, hay que ser primero un buen lector de buenos libros, pues la generación espontánea no existe en arte, sino unas tradiciones y cada uno toma como modelo la que más le gusta. Hay sin embargo algo común a todas las tradiciones: los clásicos y el conocimiento y buen uso del lenguaje. Esto es muy necesario hasta para los extravagantes que pretendan rupturas escandalosas o noveleros delirios, porque si no conocen a sus maestros clásicos y la herramienta que tienen que usar, no sabrán ni podrán romper con nada, del mismo modo que un pintor debe saber dibujar muy bien para luego hacer lo que le dé la gana. Intentar convencer a algunos jóvenes de este argumento irrefutable es perder el tiempo, así que si resisten, no hay que insistir, sino dejarlos que se estrellen con su propio desatino.

Y ya tenemos al joven escritor, adolescente aún, en su tarea, cometiendo torpezas, diciendo chaladuras y descubriendo el Mediterráneo todos los días, amén de darle grandes latas a sus amigos y conocidos. No puede ser de otro modo el conseguir que con veinte años pueda publicar un libro prometedor de versos o alrededor de los treinta una novela legible. A partir de ese instante todo depende de él, de su talento, de su habilidad, de su inteligencia y de su oficio. Ninguna mafia podrá cortarle el paso a un buen libro ni ninguna editorial poderosa hará que una mala novela juvenil pase por obra maestra. La moda actual de buscar cada vez escritores más jóvenes para darles púlpito, no servirá más que para que cuando pasen unos cuantos años nos preguntemos todos cómo se pudo publicar tanta literatura pobre y tanto despropósito.

Para escribir —para escribir bien al menos—, primero hay que leer. Pretender escribir de espaldas a los libros es sólo un simulacro de escritura. No hay que tenerle miedo a la novedad, pero tampoco a la tradición. Lucrecio comparaba la literatura con el trabajo de la abeja, que recoge polen de distintas flores para elaborar su propia miel, y Robert Louis Stevenson fue más allá. Stevenson pensaba que el joven escritor había de copiar como un simio diligente y humilde. Quizás entre los jóvenes escritores sobren niños platónicos y falten simios y abejas.